

dos consecuencias. El reforzamiento del vínculo entre cultura y comunicación, y el surgimiento de una nueva problemática de identidad cultural “colectiva”. Estos tres objetos conforman hoy, en el siglo XXI, un triángulo explosivo en el que se inscriben las relaciones sociales, locales, regionales e internacionales. Por lo cual, plantea a continuación, es necesario introducir el discurso político como manera de enlazar la identidad con la problemática general de la sociedad. El discurso político evitará el irredentismo cultural, el multiculturalismo y el comunitarismo.

Define a la sociedad actual como “sociedad individualista de masas”, dentro de la cual distingue entre información, comunicación y cultura. Reconoce dos dimensiones en las tres: una funcional, como aquello que se intercambia y presta un servicio; y una normativa, como aquello que remite a un ideal. Entre estas dos dimensiones contamos con un margen de maniobra para construir este concepto de convivencia cultural a través del cual Wolton plantea confrontar la problemática social mundial del presente y de los próximos tiempos, el desafío cultural es el horizonte de esta otra mundialización.

El último desarrollo de su análisis vuelca su mirada sobre Francia, como país multicultural, confrontando como estado en su relación con sus territorios de ultramar los desafíos que Wolton entiende debe asumir el mundo entero. Si ayer el concepto de independencia era condición para la construcción de una identidad cultural, mañana –en este mundo globalizado –la autonomía tomará ese papel: por ello Francia se convierte en una interesante maqueta de las discusiones y los escenarios a abordar. Finalmente abre una serie de consideraciones que Europa necesita evaluar para llegar a la construcción de

identidades relacionales que posibiliten la convivencia cultural.

La convivencia cultural es el tercer pilar, junto a lo político y lo económico, de la mundialización que hoy vivimos. Esta aparición de la convivencia cultural como apuesta política de la tercera mundialización es una muestra de dos filosofías de la comunicación, técnica y política, opuestas desde hace años. La primera,



Cuando me muera quiero que me toquen cumbia. Vidas de pibes chorros

Autor: Cristian Alarcón
Editorial Norma, Buenos Aires, 2003,
220 págs.

Por María de la Paz Echeverría

fundada en las técnicas y los mercados, aspira a una sociedad de la información con libre circulación por las redes. En tanto que la última, parte de una definición humanística y política de la comunicación, buscando sentar bases para la intercomprensión organizando una convivencia entre culturas. Para Wolton, si vence el pensamiento político habrá esperanzas de construir ese tercer pilar de la mundialización.

“El desafío es encontrar las pistas que nos ayuden a salir de este laberinto donde muchos plomos, disparados desde muchos lados, con innumerables argumentos, nos están matando”.

Alonso Zalazar¹

Indudablemente uno de los elementos sugestivos que presenta este libro es precisamente su título. “Cuando me muera quiero que me toquen cumbia” es el nombre de la canción preferida de Víctor, el “Frente” Vital, que Cristian Alarcón eligió para sintetizar su recorrido por las historias de vida de pibes chorros de la villa San Francisco².

¿Por qué hablar de cumbia sino porque es la música preferida de los pibes chorros, que suena en el Tropitango, en las casas, en las calles; sino porque es la música que en su ritmo alegre deja entrever la tristeza de vastos sectores; goce profundo, éxtasis y bolero? ¿Por qué hablar de muerte? ¿Por qué pedir algo para la propia, cuando se supone que los jóvenes no están en edad de morir?

Los efectos del neoconservadurismo en la Argentina y las consecuencias de los espejismos presentados en la década del noventa, fueron y son abordados desde temáticas clásicas como la corrupción y la deuda externa, muchas veces de forma disociada de la

cotidianeidad y el anonimato de sus protagonistas. De la misma forma, la cobertura mediática de la muerte de Axel Blumberg nos muestra las caras de cientos de ciudadanos que luchan por la seguridad de sus hijos, pero no nos permite ver las caras de Sabina y Carlos, quienes sufren día a día por ver caer a los pibes de su barrio.

Cristian Alarcón es periodista. Fue redactor del diario *Página 12* donde se especializó en investigación sobre exclusión social y violencia urbana; co-fundador de la Asociación Miguel Bru, y desde 2003 es editor de la revista *TXT*. Antes de dar con "El Frente" ya había comenzado una investigación que intentaba revelar el funcionamiento de un escuadrón de la muerte en Don Torcuato. Un grupo de policías comandado por un sargento de "La Bonaerense" dedicado al negocio de la seguridad privada "que hacía dinero con la limpieza social: se contaban once chicos ladrones caídos bajo su metralla en supuestos enfrentamientos"³.

Entonces conoció a una abogada que le contó la historia de un chico convertido en santo de los pibes chorros, que había muerto víctima del gatillo fácil, y decidió ir en busca de esa historia. En sus propias palabras, fue a buscar un mito, y se encontró con la dureza de la realidad.

Víctor Manuel, el "Frente" Vital murió a los diecisiete años asesinado por un cabo de la policía bonaerense cuando gritaba refugiado bajo la mesa de un rancho que no tiraran, que se entregaba; convirtiéndose a partir de ese momento en una especie de santo que podía torcer el destino de las balas y salvar a los pibes chorros de la metralla. Comenzó a robar a los 13, mientras ganaba fama por ir al frente a su corta edad, por repartir algunos botines y por preservar los viejos códigos de

una delincuencia que tenía cierta ética, en la que no se les robaba a los ancianos, ni a los niños, ni a la gente del lugar.

Tal como sucedió con otros ídolos populares como Gilda o Rodrigo, la tumba de "El Frente" es hoy un santuario decorado con fotos, cartas y estampas en el que los pibes chorros van a fumar un porro o a tomar una cerveza para compartir con aquél que los cuida sus miedos y pedirle protección.

¿Héroe? ¿víctima? ¿hijo de una década de espejismos? Tal vez la riqueza de este libro reside en que abre la mirada hacia múltiples lecturas, sin caer en la fascinación que este tema genera, dejando al lector crear sus propias conclusiones a partir de relatos de experiencias que intentan ser fieles a las historias que les dieron origen.

Muchas de estas historias se relacionan con la muerte. Contar la historia del Frente Vital es contar la historia de muchos jóvenes que día a día mueren en el conurbano bonaerense. Algunos mueren bajo las balas de la policía. Algunos mueren en peleas callejeras, o en accidentes; otros bajo los efectos de la droga, y otros eligen suicidarse. Son jóvenes que viven de robar, y que por matar -tal vez- mueren.

El libro de Alarcón no se posiciona a favor ni en contra. Se podría decir que no es una investigación periodística clásica, tampoco una novela. Sino un relato que a partir de un hecho puntual visibiliza las condiciones materiales y culturales de jóvenes que viven en las villas marcados por un destino fijado de antemano por fuera de sus propias voluntades. Y su mayor riqueza se basa en acercarnos los testimonios de padres, madres, hermanos, vecinos, y pibes chorros, que tomaron la voz luego de que Alarcón recorriera durante dos años las calles de la villa,

compartiendo con ellos momentos de su vida cotidiana.

Tal vez desde la comunicación, el desafío sea recuperar el espacio de la cotidianidad como lugar metodológico, como espacio de mediación que expresa densidad social y cultural y permite reconocer los procesos y prácticas de comunicación, en un doble movimiento reflexivo que comprenda los micro-procesos en condiciones materiales e históricas concretas, por un lado, y por el otro, las coordenadas más amplias de sus contextos macro.

La comunicación, como campo de saber, puede así dar cuenta de cómo se constituyen, articulan y transforman los procesos sociales de construcción de significados en el marco de las profundas transformaciones culturales contemporáneas, incorporando al análisis comunicacional, la discusión en torno a las formas de participación social, el ejercicio de hacer política y los procesos de identidad.

Tal vez este trabajo sirva como punto de partida; porque en *Cuando me muera quiero que me toquen cumbia*, el autor da cuenta de la marginalidad desde dentro, reconociendo la complejidad cultural a partir de las voces de sus protagonistas. Para que algo cambie y estos pibes sean tomados en serio, no sólo hay que hablar de ellos, hay que escucharlos hablar.

¹ Sociólogo y escritor, autor de *No nacimos pa'semilla*.

² Esta villa se encuentra en el Partido de San Fernando, en el Norte del Gran Buenos Aires

³ Entrevista realizada por Mariana Enriquez